

LOS TRAPITOS AL SOL

Por Silvia Soler

Un profesor de historia me dijo una vez que la ropa tendida era uno de los temas más portentosos de la literatura moderna. No sé de dónde sacó la frase, ni le exigí argumentos que la avalaran porque en ese entonces yo escuchaba sus palabras con devoción, y lo tomé por cierto.

Algo de inquietante habrá en la ropa que se expone al sol como una segunda piel. En ciertas ciudades de Europa y Estados Unidos se persigue el mal hábito, y los impúdicos que cuelgan calzones reciben su castigo. Cuando se reunió en Génova el grupo de los ocho países más ricos del mundo, en julio del 2001, Silvio Berlusconi pidió a los genoveses que evitaran la ropa tendida en los balcones y de la ciudad desaparecieron las sábanas, los peleles y las camisetas como si se tratara de un pueblo desierto. Muy pocos recordarán este detalle porque la cumbre pasó a la historia por la manifestación de los grupos anti-globalizadores que llevó a unas 300 mil personas a desfilar por Génova. Las cámaras de las agencias de noticias olvidaron por completo el asunto de la ropa, para apuntar hacia el cemento donde murió uno de los manifestantes en medio de la represión y con los pantalones puestos.

Montevideo, por suerte, no se avergüenza de sus trapitos. La ropa sale por las ventanas, flamea en los patios, en los tendederos adosados a las paredes, aso-

ma detrás de los muros y se cuele entre las rejas. La otra tarde contemplé la ciudad desde un décimo piso y descubrí un collage de azoteas mal terminadas, repletas de trastos viejos, leña, parrilleros y telas al viento. En ese desorden de colores y formas, reconocí mi casa.

Los fotógrafos, a diferencia de los arquitectos, se dejan seducir por la ropa tendida. Y aquello que maldicen los urbanistas, se convierte en una obra de arte cuando sobre el papel destaca la imagen de una remera del Ché apretada con el mismo palillo que la toalla del ratón Mickey.

La ropa tendida cuenta historias cotidianas y nos avisa acerca de nuestra humanidad imperfecta, necesitada de abrigo y de lentejuelas. A quien le sobra tiempo para espiar, las cuerdas abigarradas lo invitan a entrometerse en las vidas ajenas, porque la *vedette* no lava la misma ropa que el viudo veterano incapaz de sacar las manchas de grasa de la camisa.

Las presas políticas aprendieron en la cárcel de Punta de Rieles a leer las noticias en las cuerdas de ropa. La soberbia me lleva a considerar que las mujeres poseen una habilidad superior para descifrar mensajes en una hilera de camisas y polleras extendidas.

Tal vez por eso el profesor de historia, el mismo que me enseñó el valor artístico de la ropa colgada, no sospechó que durante meses registré con minucioso

Silvia Soler::
(Montevideo, 1962). Es docente del Taller de Escritura II y fue tutora del seminario Periodismo y Literatura en la Universidad Católica del Uruguay. Fue periodista en el diario El Observador y en el semanario Búsqueda, y columnista en Voces del Frente. Ha publicado dos libros en la línea del periodismo literario con las editoriales Fin de Siglo (*La leyenda de Yessie Macchi*) y Banda Oriental (*La carpera. Memorias de una prostituta rural*).



encanto las prendas que aparecían en la terraza. Me acostumbré a interpretar sus estados de ánimo desde la vereda de enfrente, como quien lee sin permiso en un diario íntimo y de la superficie de las telas yo partía en busca de sus profundidades. Algunas veces al año el profesor se marchaba de viaje y el balcón callaba. En una de las ausencias olvidó las medias en la cuerda y esa pequeña incongruencia me sumió en la confusión porque las medias sin él, al fin de cuentas, no

decían nada. Aprendí que el balcón irradiaba luces y sombras según las estaciones del año, que la ropa cuando pasa mucho tiempo al sol se endurece, que el rojo se doblega y se convierte en rosado, el negro en gris y el blanco en amarillo, que a las medias les gusta volar a lo del vecino y perderse cada una por su lado. Un día vinieron los albañiles, emparcharon los revoques, pintaron las paredes de blanco y, al arrancar la cuerda, dejaron sin final esta historia. ■■

Foto P. P.